

LENGUAJE ESCASO Y PENSAMIENTO DILEMÁTICO

por Ernesto Meccia*

“Esos hombres están locos.
Han mirado demasiado la luna.
Hacedlos callar”
(Hérodiás, en “Salomé” de Óscar Wilde)

“Yo era juiciosa y callada; no me alabo: estas virtudes
subalternas originan a veces graves defectos”
(Irene, en “Autobiografía de Irene” de Silvina Ocampo)

A diferencia de lo pensado por los cualitativistas radicales que recomiendan el abstencionismo conceptual a la espera de que los datos generen las teorías, buscar o “asumir” algunas presuposiciones que orienten una investigación antes del principio es una de las potestades más interesantes del analista social.

Un cualitativismo tergiversado ve en dicha tarea algo parecido a la quietud y el dogmatismo, tal vez basándose en la idea de que los datos pueden torcer (o armar) una nueva ontología social con la facilidad con que un sujeto puede mudarse de ropas. Las posibilidades del avance de la investigación sociológica dependen de ciertas bases de conocimientos, presuponen presuposiciones, es decir, el uso de conceptos clave y no precisamente de manera dogmática. Federico Schuster (2000) sostiene que el presuposicionismo es sensato porque es paradójico: los conceptos establecen una línea de continuidad invariable en las investigaciones que, al mismo tiempo, posibilitan la aparición y la continuidad del disenso.

El derrotero sociológico del “sujeto” tiene todos los elementos de esa paradoja, porque es un concepto que retiene un núcleo invariable pero despierta encendidas polémicas. Lo invariable consiste en seguir pensando (presuponiendo) que las personas son sujetos, es decir, que no son individuos. Las variaciones se han dado en torno de la relación que guardaría el discurso del sujeto con sus prácticas “reales” o a cuánta separación existe entre lo dicho y lo hecho.

El presente es un ensayo sobre homosexualidad. En él, me propongo reflexionar sobre la noción de “discurso” y de “sujeto” portador de discurso a través de la concatenación de algunas nociones presuposicionales que desacreditarían tal separación (“ubicuidad”, “implicación” y “lenguaje legítimo”), buscando eludir al-

* Sociólogo, Universidad de Buenos Aires, docente en la carrera de Sociología y Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

gunos potenciales equívocos de la sociología de la homosexualidad, en particular, de su metodología de investigación.

Presuponer la “ubicuidad”. (Él está en todas partes)

Las impresiones fomentadas por un actor (homosexual) no pueden ser desmentidas en nombre de una realidad objetiva discrepante. Sí pueden ser desacreditadas.

El acceso por parte de la sociología a su objeto de estudio está fundamentalmente mediado por el discurso de los sujetos, lo cual de inmediato plantea una problemática metodológica: la relación que el investigador puede establecer entre los datos que utiliza (los discursos) y las prácticas de los sujetos. Diversas corrientes de pensamiento (incluso antagónicas) han presentado el problema bajo una misma modalidad: no puede negarse la escisión entre lo dicho y lo hecho. La explicación de la misma no sería difícil: el sujeto “real” es el sujeto de la práctica, un sujeto que la mayoría de las veces escapa a la mirada del analista. En vista de ello, la metodología sociológica no podría sino diseñar una estrategia investigativa de compensación: ante la falta de oportunidades para asir al sujeto en sus prácticas reales, se le prestará atención en tanto que sujeto hablante (no actuante). El carácter ineluctable de esta situación estaría en el origen de toda la clase de sesgos que tengan las investigaciones y, por cierto, justificaría que se las cubra con un manto de piedad: la metodología no puede hacer milagros, máxime cuando la “realidad” es, permanentemente, un no-lugar para los sociólogos.

Las particularidades de la homosexualidad al ser, sin solución de continuidad, objeto de estigmatización permiten magnificar aún más la necesidad de separar apariencias de realidad. Los sujetos homosexuales al verse conminados a esconder sus prácticas en los invisibles circuitos de la privacidad (metafóricamente subterránea y nocturna), ofrecen a la vista diurna y pública una *performance* discursiva discrepante que, por supuesto, estaría lejos de informar acerca de su realidad.

Diseñada así, la sociología de la homosexualidad sería una variante de la sociología del desenmascaramiento, es decir, de una sociología que objetiva en términos binómicos de verdad y mentira, presuponiendo que los discursos no harían más que tapar las “esencias” de las personas. Es de notar que las consecuencias de esta clase de análisis son claramente restrictivas: la homosexualidad sólo sería un conjunto de prácticas independientes de cualquier discurso que no la transparente como tal.

De Dios, suele afirmarse que es “ubicuo”, es decir, que tiene la capacidad de estar en varios lugares al mismo tiempo y, siguiendo canónicamente la descripción, que puede en cada uno de todos los lugares (por más heterogéneos que éstos sean) actuar con sabiduría y sentido de la justicia. Nunca leí semejante expresión referida a los actores sociales. Me propongo trasladarla, autorizado por la intuición de que tanto Erving Goffman como Pierre Bourdieu han pensado algo parecido: sea en los distintos “órdenes de interacción”¹, o en los “campos sociales”², los sujetos pueden armarse una “*performance*”³ o unas “*estrategias*”⁴ acordes con cada uno de ellos, sin que esto signifique que lo escenificado, actuado o hablado en un espacio tenga de suyo más validez que lo realizado en otros.

Los homosexuales, al calor de la discriminación social, son actores ubicuos (en rigor, todos los actores sociales lo son): transitan al mismo tiempo por distintos espacios que, en su conjunto, delinean una realidad múltiple. De esta manera, la eficacia del binomio “verdad práctica-apariencia discursiva” se ve limitada: los sujetos más que sujetos a “un” discurso son personas “creyentes” que pueden realizar prácticas distintas y hasta opuestas con variables grados de convicción. En cada contexto de interacción, en cada campo social se desarrollan situaciones en las que los actores se sienten verdaderamente *implicados*, produciendo la suma de todas estas implicaciones (por lo general, *emotivas*) sus personalidades múltiples, esas personalidades que siempre tienen “a mano”⁵ un repertorio de actuaciones (*auténticas*) adecuadas a los órdenes y sus interactuantes.

A condición de asociar con la mayoría de las prácticas y de los discursos un *quantum* de implicación verdadera y emotiva, será útil pensar al “sujeto” como “actor”, y a los lugares por los que transita como “escenarios”. La ventaja de esta última imagen reside en que ayuda a pensarlos en su versatilidad para representar un amplio repertorio de guiones sociales que les *interesan*. Por ello, ya es complicado pensar la existencia de un “sujeto puro” (homosexual) que se ubicaría por detrás de toda la apariencia lingüística (no-homosexual). Esa presuposición esencialista debe ser reemplazada restaurando al *sujeto ubicuo de las prácticas lingüísticas* o “actor social” a todos los escenarios con sus respectivas economías materiales y simbólicas.

Efectivamente, *frente a la escisión entre el decir y el hacer debe introducirse la consideración de los discursos como una práctica social más y, de cara a la ilusión de un discurso único del sujeto, la precaución de pensar las prácticas discursivas en su diversidad y en acuerdo con las situaciones y los interlocutores*. Similares a los actores que interpretan indistintamente drama y comedia, los sujetos son contenedores de contenidos discursivos dispares y *ambi-valentes* generadores de prácticas dispares y *ambi-valentes* que para ellos, sin embargo, guardan cierto grado de coherencia.

El sujeto real, como Dios, está en todas partes, pero, a diferencia de Dios, no siempre actúa “bien” y los otros sujetos se lo hacen saber.

Cabe aclarar que “*ambi-valente*” no quiere decir “ambiguo”: los actores homosexuales transitan implicados emotivamente por escenarios en los cuales las “*cosas dichas*” (Bourdieu, 1993) constituyen una serie de *prédicas contrarias sobre los atributos que le confieren crédito u honor a las personas*⁶. Por ello, si bien las prácticas lingüísticas deben ser tratadas en condiciones de paridad con las otras prácticas *en lo referente a su verdad para los interactuantes*, es cierto que algunas de ellas (y con facilidad las de los homosexuales) *pueden ser desacreditadas*. Si en un escenario de acción diurno a un actor homosexual (*que habla callando*) le señalan estentóreamente su condición sexual, es muy probable que se sonroje, sufra un aumento de las palpitaciones, se altere su presión, se le seque la boca, sude su frente... o, producto de la vergüenza, *se quede sin el habla, o con pocos recursos del habla o, lo que es lo mismo, ensaye un argumento de escasa eficacia*. El efecto paralizante del señalamiento (que no por necesidad debió estar malintencionado) delata que en ese escenario algunas palabras en boca de algunos interlocutores tienen más potencia que otras o, mejor dicho, que alguñõs

interlocutores tienen el poder de usar y abusar de las palabras. La potencia no les corresponde a ellas, máxime cuando los interlocutores parecen sacerdotes, esto es, personas con un rol y unas vestimentas que invitan a pensar, en medio de bostezos incorrectos, que dicen cosas importantes.

Las prácticas lingüísticas y la eficiencia que puede desprenderse de ellas no se logran comprender por completo si se las piensa en términos de competencias “técnicas”. Se hace necesario pensar en términos de coordenadas posicionales: es el lugar diferencial que ocupan los grupos dentro del mapa social (*profusamente indicado en el estatus*) lo que se actualiza (y actualizan) las prácticas lingüísticas. Por eso, para este análisis, el uso riguroso de la noción de “competencias lingüísticas” se deriva de su metaforización: en la carrera del habla, algunos sacan ventajas y otros corren con desventaja. Por eso, por lo general, “puto” vale más que mil palabras que puedan decir los homosexuales.

Bourdieu escribió que *“Las relaciones lingüísticas son relaciones de fuerza simbólica a través de las cuales las relaciones de fuerza entre los locutores y sus grupos respectivos se actualizan bajo una forma transfigurada. Por consiguiente, resulta imposible interpretar un acto de comunicación dentro de los límites del análisis meramente lingüístico. Incluso el intercambio lingüístico más sencillo involucra una compleja red de relaciones de fuerzas históricas entre el locutor, dotado de una autoridad social específica, y su interlocutor o público, el cual reconoce su autoridad en diferentes grados, así como entre los respectivos grupos a los que pertenecen. Lo que intento demostrar es que una parte muy importante de lo que ocurre en la comunicación verbal, hasta el contenido mismo del mensaje, permanece ininteligible en tanto no se tenga en cuenta la totalidad de la estructura de las relaciones de fuerza presente, aunque sea en forma invisible, en el intercambio”* (1995: 102).

El lenguaje, independientemente de las palabras y dependiendo del locutor puede, entonces, ser para los grupos sociales un recurso abundante o escaso en virtud de una distribución desigual de potenciales beneficios lingüísticos. El acceso a la realidad, como se señalara al comienzo, está mediado por el lenguaje. Pero si el mismo para un grupo es un *recurso escaso*, ante muchas situaciones, el único recurso de acceso a la realidad es el lenguaje del grupo dotado de una autoridad social específica superior a la de él. Por el hecho de compartir con los dominadores los mismos recursos lingüísticos (que se transforman en estructuras cognitivas), es que los dominados se conocen.

Sin que le sea menester levantar el tono, el lenguaje dominante está en condiciones “naturales” de proferir amonestaciones a los grupos subalternos, cercándolos en unos dilemas⁷ falsables pero corrientemente hechos verdad, del tipo: *“No hablar abiertamente de tu homosexualidad delata tu cobardía; pero... hablar abiertamente de tu homosexualidad delata tu exhibicionismo”*. Dueño de una única palabra ofensiva⁸ (porque los consecuentes del dilema son igualmente lúgubres), el lenguaje dominante puede incluso hasta aconsejar ofreciendo salidas cerradas: si se habla está mal, si no se habla, también. Por lo tanto, las respuestas que los actores homosexuales pudieran dar a la pregunta del “¿qué hacer?” quedan siempre como blancos potenciales para el descrédito, y los hacen existir autoamonestados, con la sospecha incesante de que las cosas nunca fueron hechas del todo bien.

¿Cómo explicar tamaña magia performativa del lenguaje dominante? Desde un punto de vista goffmaniano, podría sugerir que por la misma “naturaleza” del actor social que hace que transite distintos escenarios de acción con grados importantes de implicación emotiva. Y si los escenarios de los actores durante su primera socialización fueron heteronormativos y toda su cultura vehiculizada por el lenguaje (en el marco de lo que Alfred Schutz denominó como las “*primeras relaciones Nosotros*” (Schutz, 1977), no existen motivos *sociológicos* para pensar que esa normatividad deje algún día de implicarlos. Goffman cita a William James: “*podemos decir prácticamente que (los actores) tienen tantos ‘sí mismos’ como grupos distintos de personas hay cuya opinión les interesa. Por lo general, muestran una fase diferente de sí a cada uno de estos grupos*” (1971: 60).

Se trata de los mismos actores ubicuos que propusiera. En tanto exista un *self* disponible para cada grupo (y está disponible porque el grupo de que se trate “interesa”), desaparece la fantasía del sujeto “único” que se esconde detrás de las apariencias discursivas. *El sujeto auténtico es ubicuo*, aunque como puede apreciarse, poner un *self* a disposición de la cultura heteronormativa, a menudo, trae aparejados contratiempos porque usa un lenguaje que lo subordina y lo difama (v.g. “cobarde”, “exhibicionista”).

Presuponer la “implicación”. (Él es éstos)

La suma de los grupos de pertenencia y de referencia equivale todos los “sí mismos” que porta un sujeto (homosexual).

Goffman define la “implicación” como: “*el proceso psicobiológico en el que el sujeto llega a no controlar, al menos parcialmente, la dirección de sus sentimientos y su atención cognitiva*” (1974: 346). Es un concepto fundamental puesto que *sin él no podrían comprenderse ni las actitudes ubicuas de los actores ni las actividades discursivas y extradiscursivas que desarrollan en los distintos órdenes de interacción*. A través suyo, podrá pensarse que la adquisición de una rutina comunicativa no es el simple aprendizaje de una habilidad: es sobre todo la conversión a una creencia y la adquisición de un interés que, al volverse ingobernables, no pertenecen a un sujeto conscientemente estratégico sino a un creyente impregnado de contenidos morales divergentes.

Los órdenes de la interacción tienen un carácter moral⁹: si bien con variaciones, cada uno tiene establecidos estándares para medir la calidad de las prácticas sociales. El conjunto de los estándares constituyen aquello de lo que no se habla porque de tan presente que está en los actores es innecesario. De allí que ellos cumplan rutinas funcionales al mantenimiento de la “normalidad”, con la conciencia de que las interrupciones interaccionales son atentados contra los rituales mediante los que se reproduce cotidianamente el orden de las cosas.

El orden social (el conjunto de los órdenes de interacción) es aprehendido a través de las pautas de interacción particulares que los actores aprenden a medida que se mueven por distintas situaciones sociales. Este “sentido práctico” del orden social (que a veces con crueldad alecciona sobre lo que es propio e impropio en cada orden de interacción) es lo que explica sociológicamente el sentido

del honor y la vergüenza. La identidad de los actores se construye en el orden de las interacciones con las otras personas que, por la circunstancia inmanejable de la implicación, se consideran importantes porque son fuentes potenciales de la vergüenza (también inmanejable) y el honor. Por ello, si en el principio era la implicación, deberá postularse la existencia de una *inversión emocional* de los actores en el juego de la interacción, ya que ahí se dirimen las cuotas del crédito social que puedan obtener.

A diferencia de la mayoría de los actores, los homosexuales invierten en órdenes de interacción que no son sencillamente *divergentes*, sino, como se señalara, en escenarios *antagónicos* en los cuales las “*cosas dichas*” constituyen una serie de *prédicas contrarias sobre los atributos que le confieren crédito u honor a las personas*. Más allá de esta aparente contradicción, para cada uno de ellos, hay un *self* disponible: con alternancia e indistinción, los dos constituyen oportunidades de inversión, y esto porque su “*grupo de pertenencia*” –en la clásica formulación de Robert King Merton (1965)– no coincide *todo el tiempo* con su “*grupo de referencia*”.

Los grupos de pertenencia son aquéllos de los que los actores forman parte, se sienten miembros y son reconocidos por los otros integrantes como pertenecientes a ellos; los grupos de referencia, por su parte, son aquellos que los actores toman como modelos de comportamientos deseables.

La discriminación social crea a menudo situaciones a partir de las cuales el grupo de pertenencia es descartado como grupo de referencia, apareciendo el caso de la homosexualidad como un paradigma. El lenguaje de cada grupo aprisiona a los homosexuales con argumentos dilemáticos de características cuasi étnicas. En un orden de interacción son interpelados por los mismos homosexuales: “*los voceros de este grupo sostienen que el verdadero grupo del individuo, aquel al que pertenece naturalmente, es éste. Todos los otros grupos y categorías a los que también pertenece son implícitamente considerados como no verdaderos; el individuo no es, en realidad, uno de ellos. El verdadero grupo del individuo es, pues, el agregado de personas susceptibles de sufrir las mismas carencias que él por tener un mismo estigma; su ‘grupo’ verdadero es, en realidad, la categoría que puede servir para su descrédito*” (Goffman, 1970: 134). Pero en el otro orden de interacción son los heterosexuales los que interpelan a los homosexuales: con convicción les señalan la inconveniencia de hacer de su diferencia sexual la razón de su vida, invitándolos a considerarse ‘normales’, lo que genera sentimientos de gratitud y aumenta lo que en otro escrito denominé la “*nostalgia del orden*” (Meccia, 2000): “*También se pretende que la persona estigmatizada se considere desde el punto de vista del segundo agrupamiento: los “normales” y la sociedad más amplia por ellos constituida. (...) El lenguaje de esta posición, inspirada por los normales (...) es (...) psiquiátrico, ya que las imágenes derivadas de la higiene mental sirven de fuente de retórica. Aquel que adhiere a la línea defendida es considerado como una persona madura que alcanzó un adecuado ajuste personal; aquel que no la sigue es considerado como una persona deteriorada, rígida, siempre a la defensiva, con recursos internos inadecuados. (...) Se recomienda al individuo que se considere un ser humano tan pleno como cualquier otro...*” (Goffman, 1970: 136).

Ya sea que renieguen de su grupo de pertenencia o hagan de él la razón de sus vidas, pareciera que no es fácil para los homosexuales encontrar una tercera posi-

ción (a no ser que se denomine “tercera posición” a la mezcla de las dos actitudes). *Esta tensión cognitiva se transforma en un dilema moral que no puede falsarse a través de la tercera posición porque el lenguaje (según la distribución de legitimidades vigente) es un recurso escaso para los homosexuales.* Pensar el grupo de pertenencia con recursos lingüísticos del grupo de referencia colabora en la sociodicea heterosexual porque consigue tener de oscuro cualquier alternativa que se derive de la homosexualidad.

“*Si, siendo homosexual, te relacionas solamente con homosexuales, ello se debe a que tenés una personalidad cerrada; pero... si tenés más amistades heterosexuales que homosexuales, ello obedece a que aún sos prejuicioso respecto a la homosexualidad*”, son veredictos bastante característicos del lenguaje del sentido común que carecerían de eficacia en la circunstancia (quién sabe cuán improbable) de hacer concurrir pertenencia y referencia, algo que depende de la desnaturalización de eso que Bourdieu llamó “*lenguaje legítimo*”.

Presuponer el “lenguaje legítimo”. (Si habla es como si callara)

El pensamiento dilemático guarda una relación proporcional con el volumen de capital lingüístico poseído por una categoría social (la homosexualidad).

Para Bourdieu, el lenguaje dominante es un lenguaje legítimo, es decir, el lenguaje que basa su eficacia en aparecer ante los actores como lo que no es: un enorme recurso de sojuzgamiento social e individual a través del cual se ejerce la más definitiva “*violencia simbólica*” (Bourdieu, 2000). La violencia simbólica es aquella forma de violencia que puede ejercerse sobre un grupo social con su consentimiento tácito. Dicho consentimiento (*que es un reconocimiento*) se origina en el *desconocimiento* del carácter violento y arbitrario del lenguaje. Su uso, no sólo es condición para el ingreso al mundo heterosexual de la cultura, lo es también para su naturalización: *el lenguaje da razones para existir tal (o parecido) a como se existe.*

Los actores *afirman* que el mundo no puede ser algo muy distinto a como lo que se les aparece porque le aplican unas estructuras cognitivas surgidas de sus mismas estructuras. En virtud de haber nacido en él, aceptan una serie de postulados y axiomas que no se cuestionan ni necesitan ser inculcados. “*El lenguaje legítimo es un lenguaje con formas fonológicas y sintácticas legítimas, es decir, un lenguaje que responde a los criterios acostumbrados de gramaticalidad, y que dice constantemente, además de lo que dice, que lo dice bien. Por ello lleva a creer que lo que dice es cierto: ésta es una de las formas fundamentales de presentar lo falso por cierto. Entre los efectos políticos del lenguaje dominante está el siguiente: ‘Lo dice bien, es muy probable que sea cierto’* (Bourdieu, 1990: 127).

Pero, por lo que más arriba se sugería, cualquier teoría sobre el lenguaje dominante es inseparable de otra teoría *sociológica* de la locución porque las palabras no sacan su poder de ellas mismas. “¿Desde dónde habla quien habla?”, o, “¿desde cuál lugar pueden decirse bien las cosas?”, serían sus preguntas fundantes.

La estructura del mundo social está indicada en la suma de las posiciones desiguales que los actores ocupan dentro suyo. *En el análisis*, ellos no ocupan una

sola “posición general” ya que transitan por distintos campos sociales aunque, a juzgar por *los efectos prácticos*, una sola posición puede reconstruirse. Un conjunto de efectos de homologías bastante implacable hace que a la posición subordinada en un campo le corresponda otra similar en un campo distinto. Bourdieu recuerda que, cuando “hablan” un blanco-protestante y un negro en Estados Unidos, en rigor no hablan ellos como personas sino toda la historia de la opresión que los precede y que les hace ocupar una posición social (material, cultural, política) que también encuentra ocasión de correspondencia posicional en el lenguaje (Bourdieu, 2000). Por eso, *las prácticas lingüísticas deben restaurarse al universo de todas las prácticas sociales posibles*.

Para el caso de la homosexualidad, es interesante pensar por qué en lengua de algunos locutores *es posible* que este dilema taladre un cerebro: “*Si no te empeñas en aparentar tu homosexualidad tendrás problemas en el trabajo; pero... cuanto más te empeñés en aparentarla, más se te va a notar que sos marica y problemas vas a tener igual*”, entendiendo que la pregunta no es por la lengua sino por las condiciones sociales (posición) que permite a algunos locutores soltarla con soltura, y a otros quedarse sin el habla, tartamudos, o sin argumentos contundentes para responder. Esta situación no tendría lugar de ser la competencia lingüística una mera habilidad técnica.

Por el contrario, la competencia lingüística tiene “... *una capacidad estatutaria. Esto quiere decir que todas las formulaciones lingüísticas no son igualmente aceptables y que tampoco son iguales todos los locutores. (...)*. La ilusión del comunismo lingüístico, *que obsesiona a la lingüística, es la ilusión de que todos participan del lenguaje como disfrutan del sol, del aire o del agua; en una palabra, de que el lenguaje no es un bien escaso*” (Bourdieu, 1995: 105). No existe el comunismo lingüístico, sí el “capital lingüístico”, es decir, unos *recursos de habla* desigualmente distribuidos que, en la competencia del habla, otorgan ganancias a algunos corredores. Y, si a más capital existe más ganancia y la posición del locutor se ve reforzada; a menos capital, la menor ganancia queda indicada en la reproducción del pensamiento dilemático de los actores homosexuales que no pueden imaginar otra salida que las salidas cerradas (“*cornudas*”) que les presenta el lenguaje legítimo.

Hablar desde una posición favorable en la distribución de las fuerzas lingüísticas tiene el temible talento de crear cosas con palabras (Austin, 1988): actores difamados que refuerzan tanto la posición del locutor difamador como la suya propia. “*Si no estás en pareja sos un inmaduro, pero... si estás en pareja sos un careta porque vivís haciéndote escapadas*” es un argumento que (funcionando) bien puede *constatar* (Austin, 1988) la vida de un varón heterosexual, pero que, dicho a un varón homosexual, insta con urgencia a la resolución de un problema que, de todas formas, *ese lenguaje no va a reconocer en virtud de la impune obstinación discriminatoria que lo constituye, y sobre la que no debe rendir cuentas más que a sí mismo*.

A la manera del famoso antisemita de Sartre: “*si el judío no existiese el antisemita lo inventaría*” (1948), Bourdieu pareciera decir como Goffman que “*existen muchas precauciones para aprisionar a un hombre dentro de lo que es, como si viviéramos en un perpetuo temor de que pudiera escaparse de ello, que pudiera desaparecer y eludir súbitamente su condición*” (Goffman, 1971: 87).

A los tres, una fina sociología de la impunidad debería tenerlos como sus máximos referentes.

Presuposiciones e investigación

La risa, el humor y un sentido de “fiesta permanente” son muy comunes en la vida de los homosexuales, sobre todo cuando los hombres están solos entre ellos, poniendo en suspenso y hasta burlándose despiadadamente de lo que en los diurnos contextos de interacción motivó sequedad en la boca o temblores de piernas.

No obstante, pienso que los grandes pincelazos objetivantes de la homosexualidad deben seguir siendo dramáticos. Decisión en la que coinciden presuposiciones sociológicas y convicciones políticas.

En el contexto actual signado por lo “políticamente correcto”, a una serie de opinólogos (entre quienes se encuentran algunos colegas) puede sorprenderle un escrito sobre homosexualidad como el mío, dramático y, por momentos, tan penoso y patético. Para ellos, el pluralismo cultural dio de nuevo las barajas y los homosexuales ya no estarían tan desfavorecidos en el reparto del estatus.

Claro que en algo puedo coincidir con ellos, porque, efectivamente, los homosexuales pueden vivir menos infelices que antes. *Lo cual es bien distinto que sugerir que la homosexualidad (es decir: el lugar que ocupa en el mundo y que me permite tener ciertas presuposiciones a la hora de encarar una investigación) hoy en día ya es otra cosa* y que, por lo tanto, romperme la cabeza escribiendo sobre “implicaciones morales contradictorias” es una postura científica con olor a naftalina. Varios colegas me han dicho que detenga la máquina porque hoy mi objeto de investigación es otra cosa... y que Goffman escribió en las décadas de los 50 y 60, y que Bourdieu era reproductivista y que las teóricas del género tienen los aportes más novedosos, etc. Mientras tanto, “¿qué se puede presuponer sociológicamente de la homosexualidad?” no lo responden; no pueden hacerlo porque aún no han ido al campo a buscar los datos que generen la nueva teoría... tal vez descubran que no existe más el sujeto y el humanoide que encuentren lo coloquen en el inventario de los hallazgos de las recomendables “investigaciones exploratorias”.

Este ensayo se encuentra en las antípodas de esa especie de humildad académica. Hizo uso de la potestad de presuponer la permanencia de ciertos rasgos básicos de la homosexualidad entendiendo que brinda las condiciones para la continuidad y la profundización de las discusiones, en otras palabras, *para el avance científico*.

Es indudable que existe un “sujeto homosexual”. Lo que intenté hacer (distinguiéndome de otras maneras de entenderlo) es cercarlo con ciertos atributos. Lo presupuse de esta manera: el sujeto homosexual es un *actor ubicuo, implicado* en diversos órdenes de interacción y en posesión de *escasos recursos lingüísticos* para pensarse por fuera de como lo hace existir el *lenguaje legítimo*.

Al estar implicado en varios órdenes, *en un contexto de discriminación*, realiza discursos y prácticas diversas y hasta contradictorias. Ninguna de estas realizaciones es más verdadera o más falsa que otra, todas igualmente son “probables”

para ese sujeto-actor. Los homosexuales son todo eso y para recoger todo eso debe diseñarse una metodología de investigación que no sospeche sólo falsedad en los discursos.

Para asumir estas presuposiciones no tuve que ir al campo (esa fascinante tarea la haré más adelante). Sólo tuve que realizar algo parecido a un *acto de fe* referido a algunos autores y sus proposiciones. Me agradecería que, en relación con este ensayo, mis colegas sensibles pudieran hacer lo mismo.

Buenos Aires, febrero de 2003

Bibliografía

- Austin, John (1988). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1993). *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México, Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- Goffman, Erving (1970). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Erving (1983). "The Interaction Order", en *American Sociological Review*.
- Goffman, Erving (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Erving (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Klimovsky, Gregorio y Félix Gustavo Schuster (2000). *Descubrimiento y creatividad en ciencia*. Buenos Aires, Eudeba.
- Meccia, Ernesto (2003). "Cuatro antinomias para una sociología de las minorías sexuales", en Mario Margulis (Ed.) *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos.
- Meccia, Ernesto (2000). "La sexualidad, lo religioso y los derechos del hombre indeterminado" (inédito).
- Merton, Robert (1965). *Teoría y estructura sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sartre, Jean Paul (1948). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Buenos Aires, Sur.
- Schuster, Federico (1997). *Exposición*. Rosario, Homo Sapiens.
- Schuster, Federico (2000). "Teoría y método de la ciencia política en el contexto de la filosofía de la ciencia posemipirista". Buenos Aires, *Post Data* N° 6.
- Schutz, Alfred (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Schutz, Alfred y Thomas Luckmann (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Amorrortu.

Notas

- ¹ "La interacción (es decir, la interacción cara a cara) puede ser definida, en términos generales, como la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones de otro cuando se encuentran ambos en presencia física inmediata" (Goffman, 1971: 27). "El término orden requiere una explicación. Me refiero, en primer lugar, a un área de actividad, una forma específica de ésta, como en la expresión el orden económico. No intento sugerir nada sobre cuán ordenada es esa actividad o sobre el papel de las normas y reglas en el mantenimiento de ese orden. Con todo, me parece que, como orden de actividad, el de la interacción está de hecho ordenado —quizá más que otros—, y que esta ordenación se predica de una gran base de presuposiciones cognitivas compartidas, cuando no normativas, y de límites autoimpuestos" (Goffman, 1983: 03). "Una interacción puede ser definida como la interacción total que tiene lugar en cualquier ocasión en que un conjunto dado de indivi-

duos se encuentra en presencia mutua continua; el término encuentro (encounter) serviría para los mismos fines. Una actuación (performance) puede definirse como la actividad total de un participante dado en una ocasión dada que sirve para influir de algún modo sobre los otros participantes. Si tomamos un determinado participante y su actuación como punto básico de referencia, podemos referirnos a aquellos que contribuyen con otras actuaciones como la audiencia, los observadores o los coparticipantes. La pauta de acción preestablecida que se desarrolla durante una actuación y que puede ser presentada o actuada en otras ocasiones puede denominarse papel (part) o rutina” (Goffman, 1971: 27).

- 2 “Campos sociales” es una noción central de la obra de Pierre Bourdieu. Propone pensar gráficamente la sociedad no ya como una pirámide (dividida en estructura y superestructura), sino como un gran círculo en cuyo interior existe un conjunto de círculos más pequeños –pero no por eso menos importantes–. Cada uno de esos círculos constituye un campo social, y cada campo social encuentra su razón de ser en la realización de ciertas actividades que lo distinguen de los otros. Así, existen el campo de la producción económica, el campo religioso, el campo de la educación, el político, el artístico, el de la cultura, el lingüístico, el de la sexualidad. Los campos son zonas de actividades sociales diferenciadas, que funcionan con cierto nivel de autonomía, pero con otro cierto nivel de dependencia con los otros campos. Las características de la vida en las sociedades modernas hace que las personas pertenezcan a varios de ellos, transiten por muchos de estos lugares sociales, pero –pensaba el autor– todo quien pertenece a un campo pertenece ocupando una posición jerarquizada, ya sea alta, media o baja: si existe una ley que rija el funcionamiento de los campos, ésa es la ley de la gravedad: las personas ocupan un lugar que los posiciona –favorable o desfavorablemente– en relación con los otros integrantes del campo. La posición ocupada es lo que dará origen a los contenidos de los *habitus*, que a su vez, originarán prácticas y representaciones acordes con esa posición. Los campos sociales han sido constituidos a través de la historia, puede analizarse diacrónicamente su constitución y su evolución (y se verá que es siempre una historia dinámica de luchas para mantenerlos tal como están, o para cambiarlos), más, en cualquier momento particular en que se los analice, el corte sincrónico siempre los encontrará estructurados en posiciones, en jerarquías. Los ocupantes no determinan las características de los campos a que pertenecen, por el contrario, las posiciones ocupadas en los campos son las que determinan las características de sus ocupantes.
- 3 Véase nota al pie Nº 2.
- 4 Para Bourdieu, las “estrategias” son un efecto del funcionamiento automático de los campos sociales. Aunque las estrategias sean conscientes no dejan de referenciarse (automáticamente) en aquello que un campo social impone como digno de juego y apuestas: “La noción de estrategia es el instrumento de ruptura con el punto de vista objetivista y con la acción sin agente que supone el estructuralismo (al recurrir por ejemplo a la noción de inconsciente). Pero se puede rehusar ver en la estrategia el producto de un programa inconsciente sin hacer de él el producto del cálculo consciente y racional. Ella es el producto del sentido práctico como sentido del juego, de un juego social particular, históricamente definido. (...) El buen jugador, que es en cierto modo el juego hecho hombre, hace en cada instante lo que hay que hacer, lo que demanda y exige el juego. Esto supone una invención permanente, indispensable para adaptarse a situaciones indefinidamente variadas, nunca perfectamente idénticas. Lo que no asegura la obediencia mecánica a la regla explícita, codificada (cuando existe)” (Bourdieu, 1993: 70).
- 5 “A mano”: Alfred Schutz afirmaba que el pensamiento de sentido común otorga a los endogrupos su “naturaleza relativa”, una naturaleza que por lo general se considera incuestionada (aunque en ciertos momentos puede ser cuestionada). Al ser vehiculizada la cultura a través del lenguaje (el principal elemento de la socialización), los actores tienen “a mano”, de inmediato, toda la cultura del grupo que no es sino una “interpretación” de la realidad que les permite orientarse adecuadamente: “Toda interpretación de este mundo se basa en un acervo de experiencias previas sobre él, que son nuestras o nos han sido transmitidas por padres o maestros; esas experiencias funcionan como un esquema de referencia en forma de conocimiento a mano. A este acervo de conocimiento a mano pertenece nuestro conocimiento de que el mundo en que vivimos es un mundo de objetos más o menos bien determinados, con cualidades más o menos definidas, entre los cuales nos movemos, que se nos resisten y sobre los cuales podemos actuar” (Schutz, 1974: 39).
- 6 En otro escrito, denominé “polifasia valorativa” al efecto derivado del tránsito de los homosexuales por órdenes de interacción moralmente incongruentes: “A una velocidad sos-

tenida, el presente transformaba siempre al pasado (a todo pasado) en una recaída: en los relatos de las historias de vida, haber llevado una vida totalmente gay, podía promover el arrepentimiento o la indulgencia, tanto como haber llevado una vida totalmente 'tapado o careta'. Recaída endogrupal por haber sido demasiado 'loca', y recaída exogrupal por haber sido demasiado 'careta', recriminación endogrupal: 'haber sido demasiado careta', y recriminación exogrupal: haber sido demasiado 'loca'. Autoindicaciones de las indicaciones: nótese cómo, de cualquier modo, existe en la punta de la lengua de los sujetos prontas a dispararse un par de amonestaciones contradictorias que están referenciadas en dos cánones de imágenes sociales igualmente irreconciliables, respectó a los que se estaría, por igual, en deuda. Porque es claro que es horroroso vivir tapado, (como señalan los compañeros de infortunio), y porque está de sobra comprobado que horrosas también pueden ser las consecuencias del destape en un mundo heteronormativo (como otros lo señalan humanitariamente). Se trata de representaciones que forman parte de un discurso que, inevitablemente, busca legitimarse a través de alguna moral (ya sea en la sancionada por las costumbres o en la subversión de la sancionada), y que tienen todo el carácter de la más meandrosa y ambivalente provisoriedad porque, como se ha visto, dentro del orden heterosexual de las palabras, se es gay como se puede porque se es gay careta como se debe. Esta simultaneidad ambi-valente derivada de la trama de sentido heterosexual deberá ser el atributo esencial a la hora de construir idealíticamente a las minorías sexuales. Por eso, desde una dimensión perceptual (muchas veces vinculante con la dimensión de las prácticas), sostengo que la polifasia valorativa, es decir: la sucesión de fases representacionales de contenidos morales contradictorios, caracteriza singularmente la cognición personal y social de los integrantes de las minorías sexuales" (Meccia, 2002: 18).

- 7 Dilema y pensamiento dilemático. Por ejemplo, si se presenta la disyunción "*sin ti no encuentro mi camino y contigo me perdi*", ha de reconocerse que la situación ("*contigo o sin ti*") se presenta muy complicada porque, se la mire por donde quiera, conducirá al mismo resultado lúgubre irremediamente. Esta clase de situación fue llamada por los griegos dilema porque, como todos los argumentos disyuntivos, ofrece dos proposiciones, es decir, dos premisas. Funde dos argumentos en uno. En el *dilema simple*, las alternativas desplegadas conducen al *mismo* resultado. Puede ser A o B. Si A, entonces C; si B, entonces, C. Sea A o B, resulta C (que es desagradable). En el *dilema complejo*, aunque los resultados puedan ser *diferentes*, pero al ser por igual desagradables, a los efectos prácticos, es como si fueran iguales. Si A o B. Si A, entonces C (desagradable); si B, entonces D (desagradable). Los dilemas están planteados de tal manera que no se vea escapatoria. Por eso se los llama también "*argumentos cornudos*": tienen dos salidas, pero están cerradas. Son actos del habla muy efectivos como corolario de demostraciones previas, porque resumen con contundencia las argumentaciones en la mente de los oyentes, incapacitados de ofrecer otro resumen. Los dilemas más graves son los dilemas "morales", por cuanto en el momento de la elección es preferible no sacrificar ningún valor socialmente vigente. *Los homosexuales, al pertenecer a una categoría social marcada por la escasez del lenguaje, no pueden, por lo general, demostrar la falsedad de los dilemas.* La respuesta al dilema consiste en demostrar su falsedad, es decir, en mostrar que las premisas del argumento *no son ciertas, porque no son ni exhaustivas ni excluyentes*: la "retorsión" consiste en invertir los consecuentes del dilema aportando razones más contundentes. Por ejemplo: "*No hablar abiertamente de tu homosexualidad delata tu cobardía, pero... hablar abiertamente de tu homosexualidad delata tu exhibicionismo*", es un argumento dilemático cuestionable de existir otra distribución de fuerzas lingüísticas que permitiese decir: "*Yo hablo abiertamente de mi homosexualidad, sólo que me abstengo de hacerlo ante personajes siniestros como vos*".
- 8 Finalmente, este actor se sintió ofendido, esto es lo que hizo ese acto lingüístico, o lo que hizo un actor porque habló. Existe una clásica distinción de John Austin sobre las dimensiones de los actos de habla. De lo que alguien dice deben distinguirse a) el acto de decirlo, esto es, el acto que consiste en emitir sonidos que pertenecen a un vocabulario compartido y que, por lo tanto, tienen "sentido" para locutores e interlocutores ("dimensión locucionaria"); b) el acto llevado a cabo al decir algo: prometer, afirmar, advertir, insultar, interrogar, aconsejar ("dimensión ilocucionaria"); y c) el acto que llevamos a cabo porque decimos algo. Este acto trasciende al locutor, se refiere a las consecuencias que provoca el acto en los interlocutores: ofenderlos, atemorizarlos, convencerlos, persuadirlos, apenarlos, insultarlos ("dimensión perlocucionaria") (Austin, 1988).
- 9 "Cualquier definición proyectada de la situación tiene un carácter moral. (...). La sociedad está organizada sobre el principio de que todo individuo que posee ciertas características

sociales tiene un derecho moral a esperar que los otros lo valoren y lo traten de un modo apropiado. En conexión con este principio hay un segundo, a saber: que un individuo que implícita o explícitamente pretende tener ciertas características sociales deberá ser en realidad lo que alega ser. En consecuencia, cuando un individuo proyecta una definición de la situación y con ello hace una demanda implícita o explícita de ser una persona de determinado tipo, automáticamente presenta una exigencia moral a los otros, obligándolos a valorarlo y a tratarlo de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo. También, implícitamente, renuncia a toda demanda a ser lo que él no parece ser, y en consecuencia renuncia al tratamiento que sería apropiado para dichos individuos. Los otros descubren, entonces, que el individuo les ha informado acerca de lo que es y de lo que ellos deberían ver en ese es" (Goffman, 1971: 24-25).

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100